

*Mi muy querido Señor Rath,
Le indico las medidas y la talla para un nuevo servicio de vasos que debe ser realizado sin ninguna modificación. Las modificaciones quedan reservadas a la obra del tiempo.*

Los diseños de este servicio no han nacido del humor de un diseñador, como los diseños que he podido ver hasta ahora, sino que representan el intento de dar a unos vasos la forma correspondiente a una concepción nueva de la vida. Una mala época ha comenzado para los tallistas de cristal, en otras palabras: la talla corre el riesgo de pasar de moda. Igual que intervine como salvador de la industria del cristal, recomendando el cordón eléctrico desnudo, en el que enfile las perlas de cristal, en lugar de iluminaciones que querían parecer lámparas de gas, recomiendo hoy el servicio de cristal. ¿Cuál es ahora la nueva imagen del mundo? Imagine usted un restaurante con manteles de color, en la mesa nada de porcelana sino loza ordinaria, con un menú que el restaurador ha escrito con tiza en una pizarra, y que le trae en mangas de camisa, arremangado, y tendrá la imagen de un restaurante ultra-moderno.

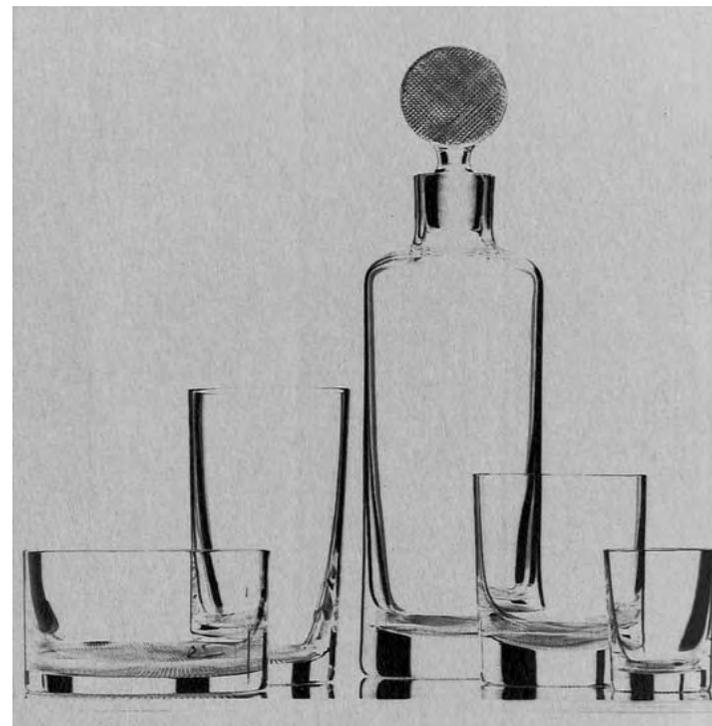
Si le aseguro que se trata de un restaurante elegante, que en París califican con el término de "très chic", me tomará usted por un bromista. Y es para ese local que se trata de diseñar un servicio que, aunque esté tallado, se adapte al carácter del conjunto. La forma base es el vaso de vino, demasiado grande y que sólo se llena a medias, ancho, estable, sin talla aparente. La talla es una sorpresa que ya se usó hace 150 años, en el servicio "Napoleón". El resto, lo dejo a su imaginación. Me reservo la continuación de la evolución, pero ya está lista en mi cabeza.

P.S: Aquí también encontraría usted montones de restaurantes con manteles blancos. El menú cuesta 10 francos. En un restaurante con manteles de color y servicio de loza, cuesta 20 francos.



OTRO VASO.

JOSEP QUETGLAS.



El servicio n° 248 de la Casa J. & L. Lobmeyr consta de cinco piezas. En la escueta tarjeta de presentación hay un retrato del conjunto, y ahí las cinco piezas posan con más dignidad que cualquier familia real de simples advenedizos llegados por la gracia de Dios. Son cuatro vasos y una botella, todos de cristal transparente, con exclusión de cualquier otro material. Yo tengo el más pequeño de los cuatro, para aguardiente, uno que me hice traer de la tienda que los descendientes de los Lobmeyr siguen abriendo los laborables en el 26 de la Kärntnerstraße, en Viena.

Sobre el mantel, el vaso es tan anodino que no consigue llamar la atención, no enseña su precio -él sí escandaloso-. Sin color, sin sabor, sin forma, tanto como el agua que contendrán sus hermanos mayores. Es como un criado que espera órdenes, quieto y en silencio, sin dejar ver que está atento al mínimo gesto de su señor, que acudirá eficaz al encuentro de sus deseos, como la imagen en el espejo va sin dudar hacia lo reflejado. Sería embarazoso tener que describirlo. No muestra nada característico, personal. Comparado con cualquier otro vaso, se vuelve invisible.

Recuerdo que, hace unos meses, me tocó ir a los nuevos locales del Foment de les Arts Decoratives, el FAD, en Barcelona. Juli Capella me enseñó el sagrario de la institución, la "copoteca". El año que viene el FAD cumple su primer siglo. Cada año, desde 1917, han encargado a un diseñador distinto la producción de una copa, en pieza única, para ser usada en un solo brindis ceremonial. Ver ahora en una vitrina la secuencia de todas las copas, en fila india, da la imagen física, insustituible, de un siglo de historia del gusto, y de historia de Barcelona, directamente. Cualquiera de las docenas de copas -las hay artdecó, conceptualistas, pop, cubistas, modernistas, mariscaleras, brossianas...- tiene más señas y claves detrás suyo que la que veo ahora sobre el mantel, en el vaso menor del servicio n° 248 de la Casa J. & L. Lobmeyr. Incluso las copas más emotivas de todas, las que faltan, las correspondientes a los años de la guerra civil, son más comunicativas que ésta de aquí.

Pero si alargó la mano y tomo el pequeño vaso entre los dedos, entonces algo cambia. Lo sostengo con la mano en pinza, siempre con el meñique bajo el vaso, para que no se me caiga -no consigo quitarme el precio de la cabeza-. Entonces la yema del dedo empieza a sentir algo que la mirada no ha recogido: el culo del vaso está estriado, tallado en todo su círculo por dos densas series perpendiculares de líneas paralelas, de modo que puedo



estar con un grupo de amigos, conversando, escuchando, mientras toda mi atención está sólo pendiente de la caricia secreta del cristal tallado, mordisqueándome el meñique. Nadie más que yo lo nota. Deslizo ligeramente el dedo bajo el cristal, una y otra vez, y noto los pequeños pliegues, el relieve secreto, las puntas que rascan. Así puedo estar mucho tiempo, mientras mis amigos hablan.

Llenar el vaso produce otra transformación. El vacío absoluto de la forma, la transparencia muda del objeto desaparecen, tragados por una red de líneas curvadas que crecen de golpe, se adhieren y trepan por la pared de cristal. El cilindro se ha convertido en una pantalla, y el aguardiente es una lente que refleja y proyecta, agigantada, deformada, la trama del tallado. Acercar el vaso a los labios, al ir a beber, es entrar en esa jaula de luz, que no deja de manar, en ese campo magnético sólo materializado y visible cuando el vaso está lleno, y que se apaga al quedar vacío, quizás por haber sido bebida.

El autor del vaso quería que el tallado no se mostrara en evidencia, sino que fuera un descubrimiento discreto, que, al sabor viscoso del licor o metálico del aguardiente, se acompañara el sentido del tacto, y que sólo después de que los ojos hubiesen aprendido a mirar palpando llegaran éstos a sentir el tallado. Quería que, como coartada, pudiera decirse que el tallado está para evitar que el vaso patine o se adhiriera como una ventosa, sobre la bandeja, como ocurre por efecto del vaho condensado en los vasos de culo plano y liso. Fue fabricado para ser expuesto en la Internationale Raumaustellung de Colonia, de 1931, y luego comercializado. En una carta a Stephan Rath, propietario de la factoría J. & L. Lobmeyr, del 22 de mayo de 1931, el autor del vaso escribió: